

cos, como Valbuena Prat, y más recientemente a Joaquín Casaldueiro (*Historia de la Literatura española*, Editorial Guadiana, 1974), es merecedor de mayor estudio y estimación, no sólo como destacado representante de la dramaturgia liberal, sino también como autor de piezas cómicas, muy representadas en Madrid, Cádiz y Sevilla. Sus novelas históricas, citadas en la bibliografía, no merecen la atención crítica de J. I. Ferreras (*Los orígenes de la novela decimonónica*, Taurus, 1973), aunque con anterioridad les habían dedicado breves pero acertadas páginas Iris Zavala y José F. Montesinos.

Creo que la obra de Trueba, sin ser de valor excepcional, merece algo más. A su mejor conocimiento y estima ha contribuido decisivamente García Castañeda en este libro de excelente presentación, afeado sólo por algunas erratas tipográficas. De haber consultado el autor mi *Cartelera sevillana, 1800-1836* (C. S. I. C., 1968), hubiera podido constatar que se representaron en Sevilla *El seductor moralista* (1825), *El AGUILAR PIÑAL* (*Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Duque de Medinaceli, 4. MADRID*).

E N T R E L I N E A S

NIRA ECHENIQUE: *Persona*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979, 154 páginas.

Esta intensa *nouvelle* de la poetisa argentina Nira Echenique reúne dos de los mayores temas de la literatura: la busca de la identidad en el otro y el auténtico nacimiento del sujeto, que se produce, conforme al aserto de Freud, con la muerte del padre.

Para resolverlos en una síntesis narrativa, Echenique apela a la forma de un relato contemporáneo al hecho, suerte de nervioso diario, frecuentemente poético, donde un duro lirismo deja ver la decantada huella de una experiencia poemática anterior. A los hechos centrales (enfermedad final y muerte del padre), el relato agrega, al son de las coincidencias de la memoria, unos *flashes* oportunos mediante los cuales la narradora recapitula, en imágenes de la infancia y la adolescencia, su relación con el padre. Paralelamente, se describe una tensa y crítica situación político-social: los hechos de julio de 1975 en Buenos Aires, la caída del válido peronista López Rega, el enfrentamiento de la viuda de Perón con los sindicatos obreros, las matanzas clandestinas de mili-

tantes, el eco de los trastornos económicos mundiales, la guerrilla en su última gesticulación activa.

De algún modo, al narrar el final del padre y el de la segunda experiencia bonapartista argentina, Echenique trasciende el drama personal y apunta a una tragedia colectiva: la incapacidad de los argentinos para «dejar morir» o «matar» a las figuras parentales (Evita, Perón y Gardel son los nudos anecdóticos elegidos) y su constante apelación a los muertos para que intervengan en la vida de sus descendientes.

En el trámite de dolorosa complacencia que implica revivir la minucia fisiológica, médica y hospitalaria del padre moribundo (la misma complacencia de irónico dolor que Flaubert ejerce al contar el suicidio de Emma Bovary), la narradora inserta lo momentáneo del caso: se pregunta si ella es su padre y si, por fin, será ella misma cuando alcance la orfandad; se fantasea matando al padre por un descuido clínico o viviendo la muerte inevitable como un homicidio que se vale de la naturaleza para realizarse; comparte con algún oblicuo elemento incestuoso la fisiología de la enfermedad: los sudores, olores, heces, secreciones y demás extremos físicos de la agonía; se separa intelectualmente de un padre lejano en la ideología y en la opción de vida, pero inmediato, pegajosamente inmediato, en la dualidad (unidad) paterno-filial, diríamos que corporal.

En el mismo descuido de la prosa, que no teme caer en la rima involuntaria o en ciertos circunloquios de lenguaje que abstractizan demasiado algún momento de la narración, en todo ello Echenique encuentra un recurso expresivo: escribir sin despegarse del hecho narrado, mostrarlo en su desnudez biográfica, atropellarse para sacar en catarsis la tremenda interrogación y la decisiva soledad ante el mundo que implica la orfandad: por fin, no ser hijo más que de uno mismo.

Invocar al Roger Martin du Gard de *La muerte del padre* o al Tolstoi de *La muerte de Iván Ilich* puede sonar a exceso o a terrorismo erudito. En este caso, es un modesto intento de alinear *Persona* junto a sus parientes mayores. También una manera de señalar cómo, a pesar de las adversas condiciones económicas y políticas, la literatura argentina en Argentina sigue haciéndose con toda la claridad que permiten la propia literatura y un estado de censura virtual, propicio al aplastamiento creativo o al escapismo cercano a la paranoia. Libros como el presente son un síntoma de salud y un signo de esperanza.—B. M.

HECTOR ANABITARTE Y RICARDO LORENZO: *Homosexualidad: el asunto está caliente*, Queimada, Madrid, 1979, 109 págs.

Antigua como la cultura de que se tenga memoria—la primera epopeya que conserva la humanidad, la de Gilgamés, modelo de la historia bíblica de David y Jonatán, es una historia de amor homosexual—, la homosexualidad ha sido casi unánimemente condenada por las morales históricas derivadas del judeocristianismo: desde los Concilios de la Iglesia que restringían o negaban a los homosexuales el acceso a los sacramentos hasta las clínicas psiquiátricas donde fueron o son sometidos a electroshocks, desde las prohibiciones del Levítico hasta los campos de concentración nazis.

En 1969, a partir del Greenwich Village de Nueva York, se empieza a agitar en el mundo occidental un movimiento de reivindicación *gay* (o sea, homoerótico, pero también alegre) que se une al de otras marginalidades: mujeres, negros, minorías raciales en general. Se remozan así la tentativa del sexólogo alemán Magnus Hirschfeld en la entreguerra y la heterodoxia freudiana de Wilhelm Reich.

El libro de Anabitarte y Lorenzo recorre rápidamente estos antecedentes históricos para luego abordar la problemática del homosexual en las sociedades contemporáneas: la represión estatal y policial que suele dominar en las dictaduras y los Estados burocráticos y la permisividad, a veces una manera sutil de disfrazar la segregación, que se da en las sociedades liberales y de bienestar.

La postura crítica de los autores es clara: la discriminación sexual no es un caso ni la aplicación mecánica de ancestros morales derivados de códigos sin memoria histórica. Es un aspecto más de la dominación social: del varón sobre la mujer, del rico sobre el pobre, del blanco sobre el negro, del padre sobre el hijo, del funcionario sobre el gobernado, etc. Esta división del trabajo entre poderosos e impotentes, mandones y gobernados, tiene también su aceptación en el seno del mundo homosexual, donde el varón suele adquirir estamento de mujer y reproducir no sólo su aspecto exterior de objeto decorativo y barroco, sino su actitud ante el varón heterosexual.

De esta forma, el problema homosexual remite al problema sexual en general, y éste a la estructura social en su conjunto. Las limitaciones que la sociedad impone a la vida sexual, a la capacidad sexual de los seres humanos, encerrándola en un corsé de restricciones y de direcciones impuestas, daña a unos y a otros. El problema de la homosexualidad no es de los homosexuales, sino de la humanidad en general, en tanto sujeto sexual y en tanto autorizada por la naturaleza para vivir

su sexualidad como un derecho, sin más restricciones que el respeto a la existencia del otro.

El texto concluye, de esta forma, que nada podrá hacerse profundamente en el terreno de la libertad sexual y el derecho al placer, mientras los distintos sectores humanos escindidos por el poder no sean conscientes de que las limitaciones son comunes y que sólo un código de libertad integral acabará eficazmente con ellas.—B. M.

FERNANDO CHUECA GOITIA: *Invariantes castizos de la arquitectura española. Invariantes de la arquitectura hispanoamericana. Manifiesto de la Alhambra*, Dossat, Madrid, 1979, 254 págs.

Este volumen recoge escritos de distintas épocas: las *Invariantes* datan de 1947 y son prácticamente la obra inicial de Chueca; como su eco se da el artículo sobre arquitectura hispanoamericana de 1966, rematándose la entrega con el *Manifiesto* de 1953.

Los dos primeros textos están íntimamente ligados por su criterio historiográfico y su temática, ya que la arquitectura de América no es vista como tal, sino como la arquitectura de los españoles imperiales en América, soslayando todo elemento de mestizaje, adaptación ecológica y aun mulataje cultural.

La base historiográfica de Chueca es claramente historicista: la arquitectura española registra ciertas constantes que emergen de la dupla espacio-tiempo hispánico, la «casta» unamuniana o el espíritu geológico de Ganivet. España es una especificidad, una diferencia, cuya constancia esencial—por ello, fija e inmutable—se enraiza en el suelo.

Concretando el principio, Chueca describe: «La arquitectura civil española tiene infinitas manifestaciones donde perviven las constantes españolas: cubicidad, planitud, encuadramientos—alfiz—, proporciones cuadradas, decoración colgada en medio de grandes silencios de piedra» (pág. 132). La arquitectura vernácula se desarrolla como un fenómeno geológico, inorgánico, una *macla*, o sea, la agregación de cristales en forma de cruz.

Estos parámetros obligan a Chueca a considerar foránea la arquitectura barroca y la de importación borbónica, y a ver lo musulmán como lo cardinalmente hispánico. Esto parece contradecir lo anterior, pues lo musulmán vino de afuera, pero Chueca prefiere salir por la tesis unamuniana de la africanía de España y su resistencia telúrica a la europeización.